

REQUIEM

PRO HOMINE
QUI NESCIEBAT
SE IAM
MORTUUM ESSE

Homo qui adhuc credidit se respirare



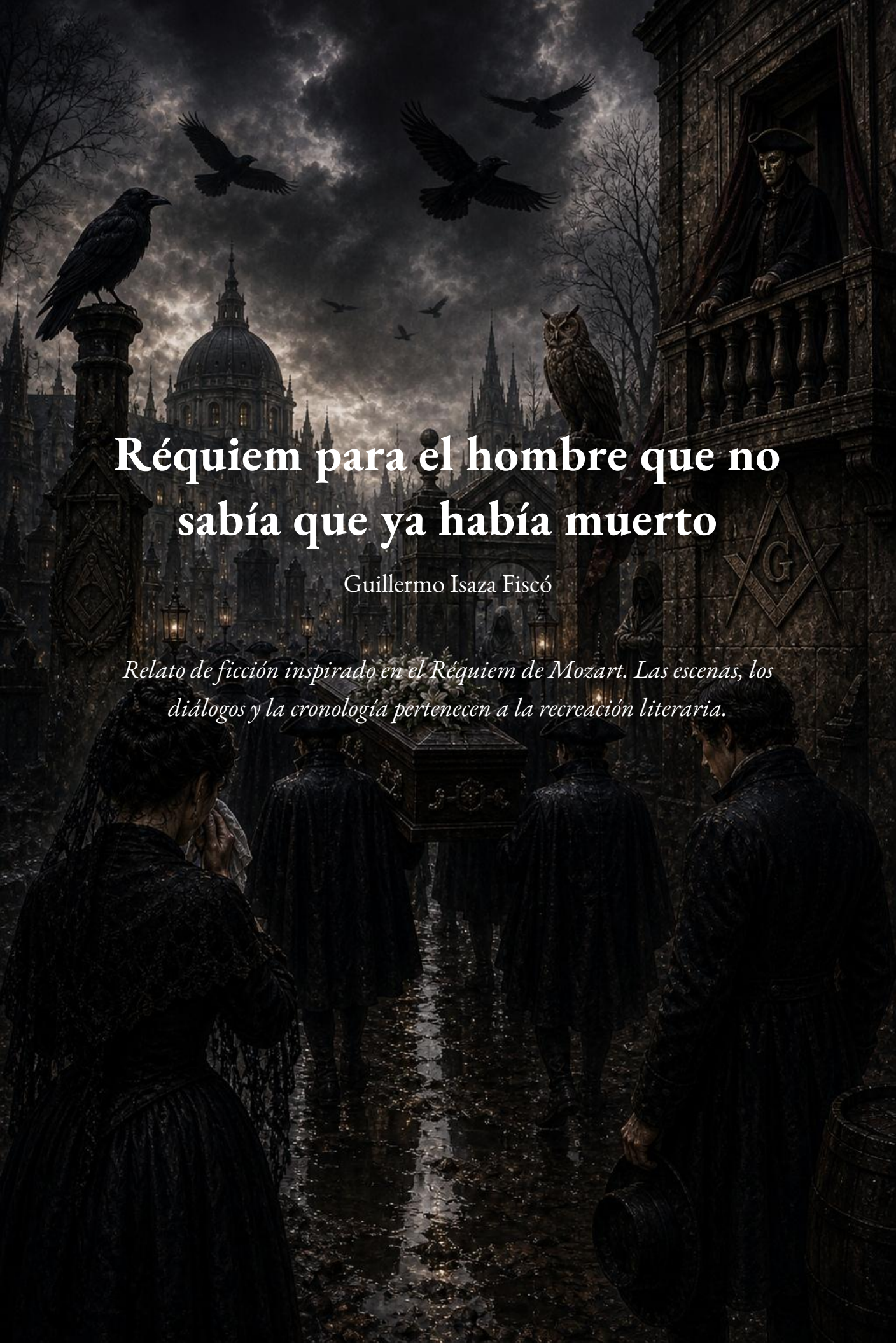
Guillermo Isaza Fiscó



Si este universo
te acompaña,
puedes impulsarlo
con un aporte sencillo

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

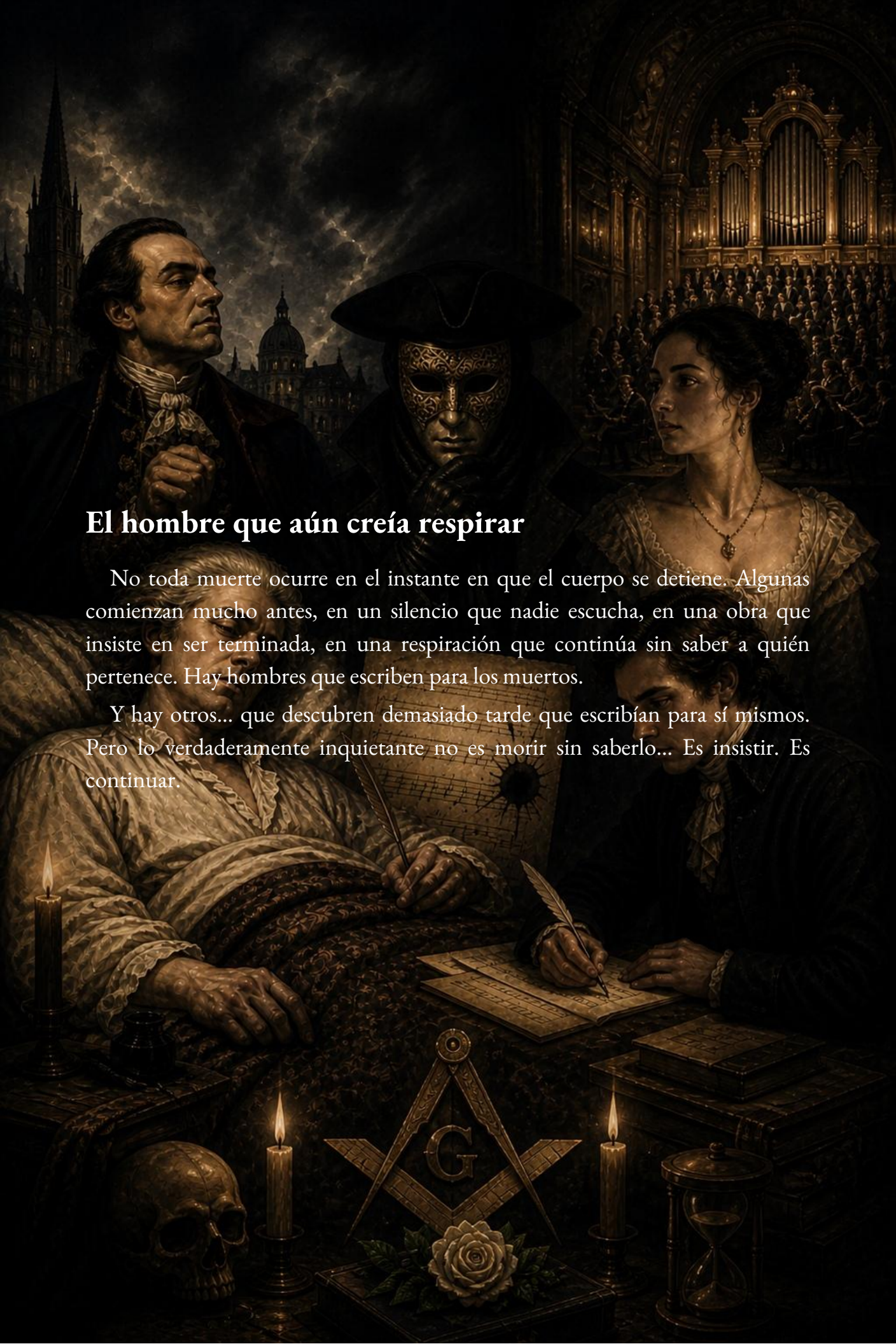
Tu aporte ayuda a que nuevos cuentos,
relatos y audiocuentos sigan creciendo.



Réquiem para el hombre que no sabía que ya había muerto

Guillermo Isaza Fiscó

*Relato de ficción inspirado en el Réquiem de Mozart. Las escenas, los
diálogos y la cronología pertenecen a la recreación literaria.*



El hombre que aún creía respirar

No toda muerte ocurre en el instante en que el cuerpo se detiene. Algunas comienzan mucho antes, en un silencio que nadie escucha, en una obra que insiste en ser terminada, en una respiración que continúa sin saber a quién pertenece. Hay hombres que escriben para los muertos.

Y hay otros... que descubren demasiado tarde que escribían para sí mismos. Pero lo verdaderamente inquietante no es morir sin saberlo... Es insistir. Es continuar.

La procesión no tenía nombre y contaba con muy pocos dolientes.

Avanzaba sin prisa, como si el tiempo no le perteneciera. No había música, ni campanas, ni plañideras o voces que anunciaran su paso. Solo el sonido irregular de las botas hundiéndose en la humedad del camino y el leve crujido de la madera que sostenía el peso del cadáver. La niebla no cubría: sencillamente contenía.

El camino fue haciéndose más estrecho al salir de la ciudad. Las casas desaparecieron primero, luego los muros, luego cualquier forma reconocible. Lo que quedaba era tierra removida, huellas antiguas y una dirección que nadie parecía haber elegido. El féretro era sencillo. Demasiado sencillo. Sin ornamento. Sin nombre. Sin defensa.

La madera, áspera y opaca, no pretendía perdurar. No guardaba memoria: contenía un final. Y aun así... parecía insuficiente. Uno de los hombres que lo cargaba ajustaba el agarre con incomodidad.

—¿Está bien así? —murmuró, sin mirar a nadie.

—Sigue —respondió otro, sin detenerse.

No era el peso lo que incomodaba, sino la sensación de que aquello no debía ser tan ligero. Como si algo faltara. Como si el cuerpo dentro no ocupara todo el espacio que le correspondía. Nadie hablaba, pero no por respeto. Por costumbre. Habían hecho ese recorrido antes. Más veces de las que podían recordar.

Al fondo, apenas visible entre la niebla húmeda del invierno, apareció finalmente la zona del entierro. No surgió de golpe: fue revelándose lentamente entre sombras, cruces torcidas y montículos de tierra removida que la lluvia había comenzado a deformar mucho antes de que el tiempo terminara su trabajo. Algunas figuras permanecían dispersas alrededor de otras fosas recientes, envueltas en capas oscuras y cansadas; viudas sosteniendo pañuelos húmedos entre las manos, hombres inclinados bajo sombreros ennegrecidos por la lluvia, niños demasiado quietos para comprender completamente aquello que observaban.

Nadie hablaba demasiado alto. El barro absorbía incluso las voces.

A lo lejos podía escucharse el golpe irregular de otras palas, otros féretros descendiendo, otras despedidas pobres desapareciendo bajo la misma niebla indiferente de Viena. El lugar entero parecía agotado de duelo, como si la muerte

hubiera pasado tantas veces por allí que incluso el paisaje hubiera terminado acostumbrándose a recibirla.

No parecía un cementerio en el sentido que los vivos entienden: no había orden, ni alineación, ni cruces que permitieran reconocer un nombre; solo tierra abierta en distintos grados de olvido, fosas recientes junto a otras hundidas y algunas ya borradas, como si la lluvia hubiera terminado antes que el tiempo.

Allí no se enterraba memoria, se resolvía urgencia; no era abandono, era falta: falta de dinero, de tiempo, de opción. La muerte no esperaba ceremonia, se ajustaba a lo posible. Una fosa común aguardaba, no profunda, no digna, suficiente, porque incluso el final también tenía precio.

Desde un balcón lejano, una figura observaba, compungida, sostenida por un recuerdo que no cedía. No se inclinaba, no rezaba, no se movía.

—Ahí todo termina —dijo en voz baja, más para sí que para otros—... y empieza lo que me pertenece.

La voz no era firme: arrastraba el peso de lo que había perdido. Por un instante, la imaginó. No como estaba ahora, sino como había sido: viva, cercana, aún sin distancia; la risa suspendida en el aire, la mirada fija en él sin exigir nada, rodeada de música, como si esta pudiera retener el tiempo.

—No vas a desaparecer —murmuró—, no mientras yo lo decida, no mientras mi dolor te recuerde.

La ensoñación se quebró. La figura volvió a quedar inmóvil. Nadie lo escuchó. Los hombres detuvieron el paso. Bajaron el féretro con cuidado práctico, no reverente. Uno de ellos miró alrededor, como esperando una señal que nunca llegó.

—Aquí —indicó.

La mujer se acercó. No preguntó; tampoco tocó la madera. Se quedó de pie, lo suficientemente cerca para sentir la presencia... pero no tanto como para interrumpir el procedimiento.

—No puede ser aquí... —susurró, apenas audible, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla—. No así.

Nadie respondió. Sus manos, frías, permanecían quietas. Demasiado quietas. Como si cualquier movimiento fuera a confirmar algo que aún se negaba a

aceptar. Recordó. No la música ni los aplausos o los días de fama, tampoco la ilusión de opulencia. Recordó lo otro.

Las noches en las que el frío entraba antes que el dinero y se quedaba, aferrado, sin compasión. Las cuentas dobladas sobre la mesa, abiertas una y otra vez, como si mirarlas pudiera resolverlas. La mesa desnuda, la luz escasa, el tiempo siempre en falta. Y, aun así, la risa de él... intacta, obstinada, incluso cuando no había una razón aparente.

Recordó cómo evitaban nombrar la escasez, cómo la convertían en tránsito, en algo pasajero que no merecía instalarse. Cómo hablaban de la música como si fuera promesa suficiente, como si en ella ya estuviera contenida la respuesta a todo lo que les faltaba.

—Siempre decías que no importaba —murmuró—, que la música pagaría después.

Y por un instante, apenas uno, quiso creer que aún podría hacerlo... incluso desde la muerte. El joven pupilo, Franz Xaver Süssmayr, unos pasos atrás, la observaba en silencio. Permanecía inmóvil, con las manos rígidas junto al cuerpo, como si cualquier movimiento pudiera romper algo que aún seguía suspendido en el aire.

No sabía si debía acercarse o si debía quedarse.

La niebla húmeda comenzaba a adherirse a su abrigo y al borde de sus mangas, pero él apenas lo sentía. Su mirada iba de la fosa a la mujer, y de la mujer al féretro, incapaz de aceptar que todo estuviera reduciéndose a aquel simple espectáculo... y a la tierra anónima y fría.

—¿Señora...? —intentó al fin, con una voz insegura, demasiado pequeña para aquel momento.

Ella no lo miró.

—No lo dejes incompleto —dijo, sin saber si hablaba con él o con el aire—. No lo dejes nacer a medias.

El joven tragó saliva, pero no respondió. Volvió la mirada hacia la fosa. No vio muerte: vio interrupción.

Algo se tensó en su interior, como una cuerda afinándose sin manos. Sintió, sin comprender del todo, que aquello no terminaría allí; que lo que descendía no

era solo un cuerpo, sino algo que había quedado suspendido a mitad de su forma.

—Maestro... —murmuró, casi sin voz.

Los hombres comenzaron el descenso. La caja comenzó a descender lentamente, sostenida por cuerdas ásperas que rechinaron al rozar la madera húmeda. El roce emitió un sonido desagradable, casi animal. Uno de los hombres apartó la mirada como si aquel ruido le resultara más insoportable que la muerte misma.

Durante un instante breve, el féretro quedó suspendido sobre la fosa. No descendía. No regresaba, solo permanecía.

La niebla avanzó entre los hombres y se mezcló con el vaho de sus respiraciones. Más allá, los árboles desnudos se inclinaban apenas bajo el viento del invierno vienés; ramas negras, húmedas, semejantes a manos envejecidas intentando emerger de la tierra. Nadie hablaba.

Una mujer se persignó rápidamente al borde del camino y continuó andando sin detenerse. Un niño, sostenido por su madre a la distancia, observó la escena con la atención silenciosa con la que se mira algo que no se comprende, pero que ya provoca miedo. Entonces las cuerdas cedieron un poco más.

La caja siguió descendiendo. Lentamente. Demasiado lentamente. El golpe contra el fondo de la fosa no fue fuerte. Eso lo volvió peor. Fue un sonido seco. Hueco. Definitivo. Constanze cerró los ojos.

No pudo contener el temblor de su boca al escuchar cómo aquel ruido vulgar y miserable reducía una vida entera a unos cuantos tablones golpeando tierra húmeda. Süßmayr bajó la cabeza. Por primera vez supo que la grandeza no protegía a nadie. Ni siquiera después de muerto. Un hombre tomó la pala dudando apenas.

Luego arrojó la primera capa de tierra. El sonido fue opaco. Pesado. La tierra golpeó la madera con una violencia sorda, y algo en los presentes pareció encogerse al escucharla. Segundo golpe. Tercero.

La lluvia antigua acumulada en el barro comenzó a deslizarse hacia el interior de la fosa. Las paredes húmedas cedían lentamente, como si incluso la tierra quisiera terminar cuanto antes con aquel trámite silencioso. La caja empezó a desaparecer. Primero las esquinas. Luego la tapa. Luego el contorno.

Hasta quedar convertida en una forma cada vez más incierta bajo el barro oscuro. La tierra aún no había terminado de caer y cada golpe de pala parecía tener su eco en otra habitación donde el aire era más denso, más cálido... más cercano al final.

*
**

La luz no entraba con claridad.

Era invierno en Viena, pero no el invierno limpio de nieve reciente, sino ese otro más gris y agotado en el que el cielo parece una tela húmeda suspendida demasiado bajo sobre los tejados. La ventana permanecía empañada desde dentro, no por el frío, sino por la respiración irregular de alguien que aún insistía en permanecer.

El cuarto era pequeño. Demasiado lleno para alguien que ya no necesitaba casi nada. Papeles abiertos. Otros doblados con urgencia. Tinta corrida. Una pluma mal apoyada. Un vaso olvidado. El olor mezclado de cera consumida, medicina amarga y humedad vieja adherido a las paredes como una segunda capa del invierno.

Y en la cama, Wolfgang Amadeus Mozart no dormía. El cuerpo comenzaba a ceder por partes; las manos no. La pluma seguía en pie.

—Ahora sí... —murmuró—. Ahora es mío.

Requiem aeternam...

D – E – F – E – D – C# – D

"Re-qui-em ae-ter-nam..."

F – G – A – G – F – E – D

"do-na e-is Do-mi-ne..."

—No... así... no.

La voz era apenas un fragmento. No hablaba con ellos, corregía algo invisible. Süßmayr levantó la cabeza bruscamente.

—Maestro...

Constanze Mozart se inclinó hacia él.

—Wolfgang... basta por hoy.

Mozart negó lentamente.

—Hoy no existe.

Afuera, el viento húmedo descendía por las calles estrechas de Viena y hacía vibrar apenas los postigos. Dentro de la habitación, el tiempo parecía detenido alrededor de aquella cama.

—No tienes que terminarlo —insistió ella—. No así.

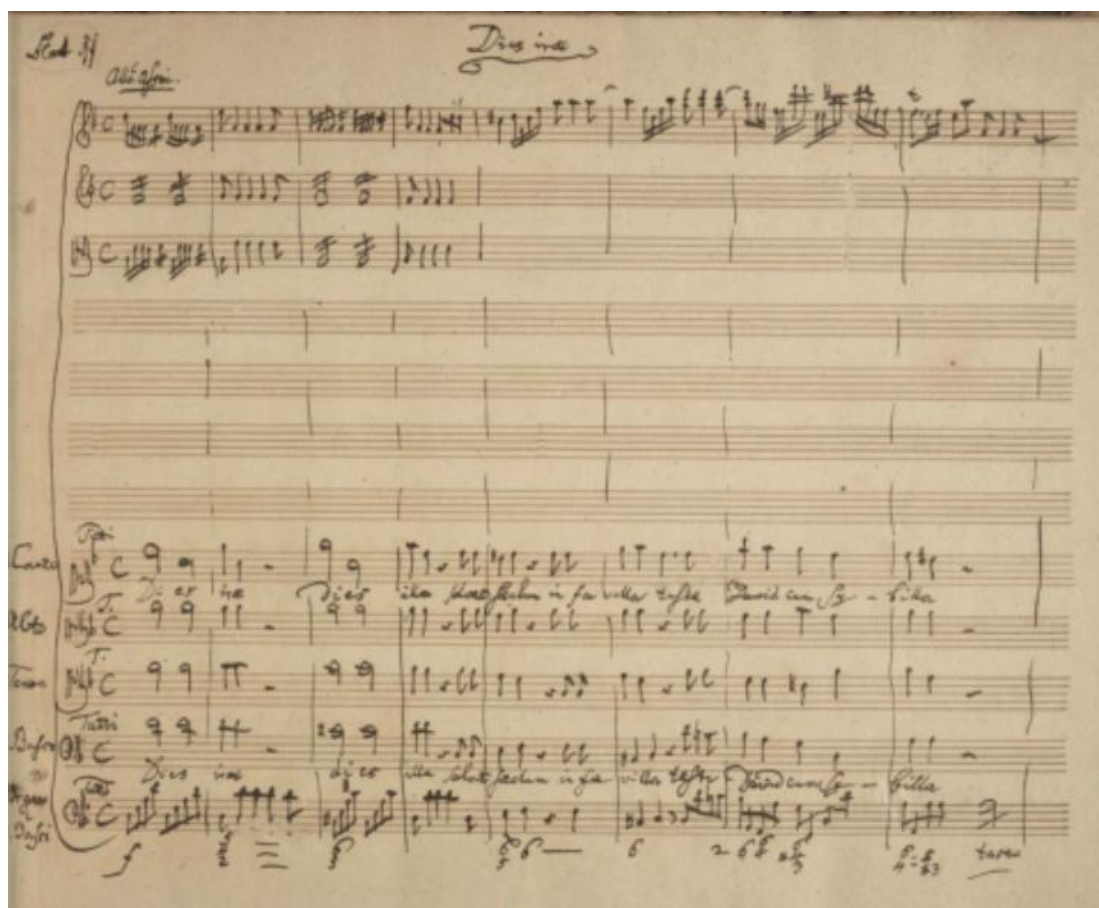
Mozart sonrió apenas, no con calma. Con agotamiento.

—No soy yo quien decide eso.

La pluma descendió otra vez.

Dies irae.

Aquí fue donde la música empezó a dejar de obedecer.



El trazo avanzaba lentamente, como si cada nota tuviera que atravesar algo antes de alcanzar el papel. El roce de la punta de la pluma sobre la partitura ya no sonaba como escritura, sino como una resistencia tenue y obstinada contra algo que insistía en cerrarse. A unos pasos, Franz Xaver Süssmayr observaba inmóvil.

Entonces comprendió algo terrible: no había sido llamado para ayudar. Había sido llamado para quedarse después.

—Maestro... —dijo al fin, con cautela—. Si me indica... puedo continuar la obra cuando usted descanse.

Mozart soltó una exhalación seca que no alcanzó a convertirse en risa.

—Descansar... Esa palabra ya no significa nada aquí.

Constanze levantó la mirada de inmediato.

—No digas eso.

Mozart, sin responder, seguía escuchando algo. No dentro del cuarto. Más allá. Süßmayr avanzó un paso.

—No dejaré que se pierda —insistió—. Puedo terminarla.

Mozart levantó lentamente los ojos. No miró a un alumno, miró una continuidad. Y algo en aquella mirada hizo que el joven sintiera un frío más profundo que el del invierno exterior.

—Después... —murmuró Mozart—. Siempre hay un después para quien no está.

La frase quedó suspendida en el aire. Süßmayr bajó la cabeza.

—No soy usted.

Mozart negó apenas.

—Exacto, por eso debes hacerlo.

La pluma volvió al papel. Un trazo. Otro. Inestable. Entonces el nombre apareció lentamente sobre la página:

Lacrimosa dies illa...

A - A - A - Bb - G - A F - G - A - D

El manuscrito parecía respirar bajo la mano de Mozart. El trazo avanzó apenas unos compases antes de detenerse. Retrocedió. Volvió.

—Está mal... —susurró.

No hablaba de la música. Hablaba de otra cosa.

—No cae donde debe.

Constanze apretó los dedos con fuerza.

—Déjalo.

—No.

—Por favor...

Mozart volvió a negar.

—No.

La vela más cercana osciló violentamente. Y por un instante el cuarto pareció cambiar. No de forma, sino de densidad. Süßmayr sintió entonces que el aire se volvía más pesado alrededor de ellos, como si algo invisible hubiera entrado sin abrir la puerta.

—Wolfgang... —susurró Constanze, ahora asustada de verdad.

Mozart no la miró. Escuchaba. No la respiración. No el viento, era otra cosa. Algo desplazándose apenas detrás del silencio. Entonces levantó ligeramente la cabeza.

—¿Lo oyes?

Constanze negó de inmediato.

—No hay nada.

Mozart cerró los ojos.

—Exacto. Pero no vacío.

Era una sensación espesa, viva, cargada de una presencia que ninguno se atrevía a nombrar. Y por un instante Süßmayr creyó escuchar algo lejano: no palabras, no voces humanas... respiraciones acompasadas, como un coro distante avanzando desde algún lugar imposible. Mozart abrió lentamente los ojos.

—Ya empezó... —susurró.

La pluma descendió con más fuerza. Un compás más. Otro. Entonces se detuvo de golpe. La mano le comenzó a temblar. No de debilidad. De exceso.

—Está aquí ahora... —murmuró.

Constanze se tensó.

—¿Quién?

Mozart tardó en responder.

—No fue un encargo... Fue una entrada.

Süßmayr sintió un escalofrío subirle por la espalda.

—Maestro...

—No lo ves porque aún respiras como antes.

El joven tragó saliva.

—¿Quién encargó la obra?

Mozart abrió los ojos. No miró a ninguno de los dos.

—Alguien que ya no está... como nosotros creemos estar.

Constanze retrocedió apenas.

—Wolfgang...

—No es para él —continuó Mozart—. Nunca fue para él.

La pluma quedó suspendida sobre el manuscrito.

—Es para lo que viene después.

Süssmayr sintió aquellas palabras en el pecho.

—Entonces... no se puede terminar.

Mozart giró lentamente el rostro hacia él. Ahora sí lo veía.

—No.

—Se continúa.

El joven respiró demasiado hondo.

—No sé si podré escuchar eso.

Mozart asintió apenas.

—No podrás.

—Pero lo vas a oír.

Constanze tomó la mano de Mozart con desesperación.

—Basta.

Por primera vez había una orden verdadera en su voz.

—Basta.

Él no retiró la mano. Pero tampoco cedió.

—Si lo dejo... se pierde.

—Si sigues... te pierdes tú.

El silencio que siguió fue más profundo que todos los anteriores. Más humano. Más terrible. Mozart cerró lentamente los ojos.

—Ya no hay diferencia.

La pluma cayó un instante, pero volvió a levantarse para un último intento. Las notas descendieron lentamente. No cerraban. Se abrían.

—No termina aquí.

No era esperanza sino certeza. La mano quedó suspendida sobre el manuscrito, inmóvil. Como un cuerpo suspendido un instante antes de descender a la tierra húmeda.

—Wolfgang...

No hubo respuesta inmediata. Solo respiración. Una más corta. Otra más lejana.

El cuarto entero pareció inclinarse apenas alrededor de aquel sonido irregular, como si incluso el aire estuviera esperando saber si todavía debía permanecer allí. La vela más cercana osciló suavemente y proyectó sombras inestables sobre las partituras abiertas, sobre las manos tensas de Constanze Mozart y sobre el rostro agotado de Wolfgang Amadeus Mozart, donde aún persistía algo extraño: no miedo, sino concentración, como si una parte de él continuara escuchando algo que los demás no podían alcanzar.

Franz Xaver Süssmayr avanzó lentamente hacia la cama.

—Maestro...

La palabra apenas consiguió sostenerse en el cuarto. Afuera, Viena permanecía hundida bajo la humedad del invierno. Algún carruaje lejano atravesó la calle y luego todo volvió a quedar inmóvil, como si la ciudad entera hubiera retrocedido unos pasos alrededor de aquella habitación.

La atmósfera estaba contenida, densa, cargada de algo que ninguno se atrevía a nombrar por miedo a volverlo definitivo. Constanze apretó la mano de Mozart hasta el temblor. No quería sentir el frío que comenzaba a instalarse lentamente en los dedos.

—No me dejes así... —susurró, y la voz se quebró antes de terminar la frase.

Mozart tardó unos segundos en responder. La respiración volvió a interrumpirse. Una vez. Otra. Después abrió apenas los ojos y giró mínimamente el rostro hacia ella. Y entonces sonrió. No con alegría. Con reconocimiento. Como alguien que finalmente comprende algo demasiado grande para explicarlo.

—No te estoy dejando... —murmuró apenas.

La voz era tan débil que Süssmayr tuvo que inclinarse para escucharla. Un esfuerzo invisible atravesó el cuerpo de Mozart antes de la siguiente frase.

—Me estoy adelantando.

Constanze cerró los ojos. Y por un instante tuvo la sensación insoportable de que él ya estaba viendo algo situado más allá de la habitación, más allá de las velas, más allá incluso de la muerte que lentamente comenzaba a rodearlo. La mano que sostenía la pluma tembló apenas.

Todavía intentaba permanecer suspendida sobre la partitura. Todavía. La fuerza abandonó lentamente los dedos. La pluma cayó. Esta vez sí. Definitiva. El sonido fue pequeño... terriblemente pequeño. Pero en aquel cuarto pareció más pesado que cualquier palabra pronunciada hasta entonces.

Sobre el manuscrito abierto, el Lacrimosa quedó suspendido a mitad de su descenso, con los compases incompletos extendiéndose bajo la luz temblorosa de las velas como una herida que la música ya no alcanzaría a cerrar por sí sola.

Y durante un instante insoportable ninguno de los tres supo distinguir con claridad qué acababa de detenerse realmente: la mano, la respiración o el tiempo mismo.

Y en algún lugar de Viena, más allá de aquella habitación iluminada por velas agonizantes, bajo la niebla húmeda y espesa del invierno, la tierra continuaba cayendo lentamente sobre una fosa común que nadie marcaría después. El barro se adhería a las palas, a las botas y a la madera húmeda del féretro mientras la lluvia fina descendía sobre el cementerio anónimo donde los muertos pobres desaparecían con rapidez dentro de la misma oscuridad indiferente.

No hubo lápida. No hubo inscripción. No hubo música. Solo tierra removida cerrándose lentamente sobre otra ausencia destinada a confundirse con cientos de nombres olvidados por el tiempo. Nadie pronunció el suyo. Nadie detuvo el barro.

Nadie sospechó siquiera que, en otra parte de la ciudad, dentro de un cuarto pequeño donde el aire comenzaba a volverse demasiado inmóvil, algo mucho más difícil de sepultar acababa de permanecer abierto. Porque en aquella habitación la música no había terminado de escribirse. Había empezado a desprenderse.

El Lacrimosa permanecía suspendido sobre la partitura incompleta como una respiración interrumpida a mitad del descenso, y las últimas notas aún parecían vibrar débilmente entre las paredes, mezcladas con el olor de la cera consumida, la tinta fresca y la enfermedad.

Franz Xaver Süssmayr observaba el manuscrito sin moverse, comprendiendo apenas —y demasiado tarde— que lo que quedaba sobre aquellas páginas ya no era únicamente una obra inconclusa. Era una continuidad. Una puerta. Algo que había comenzado allí y que ya no pertenecía del todo al mundo de los vivos.

Afuera, la tierra siguió cayendo lentamente bajo la niebla de Viena. Descendía no solo sobre un cuerpo agotado por la fiebre, las deudas y el exceso de vida, sino también sobre algo que las generaciones futuras intentarían comprender sin lograrlo del todo: la última respiración de un hombre que había escuchado la música con una profundidad casi insoportable, como si hubiera percibido en ella algo anterior al propio tiempo; un hombre que, más que compositor, parecía un vidente extraviado entre partituras, condenado a escuchar fragmentos de algo que las generaciones futuras apenas comenzarían a comprender.

La lluvia continuó mezclándose con el barro mientras la fosa común desaparecía poco a poco bajo capas de tierra anónima. Y, sin saberlo, quienes arrojaban aquellas paladas también comenzaban a cubrir siglos enteros de interpretaciones, rumores, reconstrucciones, obsesiones y preguntas que no habían nacido: teatros iluminados en ciudades futuras, directores levantando la batuta frente al *Lacrimosa*, coros estremecidos bajo el *Dies irae*, oyentes incapaces de explicar por qué aquella música parecía recordarles algo anterior incluso a sus propias vidas.

La tierra siguió cayendo sobre Viena. Sobre el nombre. Sobre el hombre. Sobre el siglo que lo había visto desaparecer demasiado pronto. Y aun así, dentro de aquella habitación iluminada apenas por velas temblorosas, el silencio todavía no conseguía cerrar la música.

Porque el Réquiem no permanecía quieto sobre el manuscrito abierto. Parecía continuar respirando débilmente entre los compases incompletos del *Lacrimosa*, suspendido en ese lugar incierto donde la creación deja de pertenecer del todo a quien la escribe y comienza a existir por sí misma. Las notas no habían terminado. Habían quedado esperando. Esperando otras manos.

Otros siglos. Otras voces capaces de volver a abrir la herida cada vez que el Réquiem descendiera nuevamente sobre el mundo.



La primavera había regresado a Viena con una lentitud casi incrédula, como si la ciudad hubiera olvidado durante el invierno que aún era capaz de florecer. La humedad oscura de los meses fríos comenzaba a retirarse de las fachadas y el sol reaparecía sobre los tejados con una luz todavía débil, pero suficiente para hacer brillar las ventanas abiertas y los pequeños brotes verdes que asomaban entre las piedras húmedas de los patios.

Las calles estaban vivas otra vez. Los vendedores levantaban las voces desde temprano; los carruajes avanzaban dejando atrás el barro endurecido por el deshielo; algunas mujeres caminaban con vestidos más claros y sombrillas cerradas bajo el brazo como si la ciudad, lentamente, intentara recordar la ligereza. Desde una ventana abierta escapaban escalas de piano.

Rápidas e imperfectas, pero vivas. En el apartamento de Wolfgang Amadeus Mozart, el aire era completamente distinto al de los meses que vendrían después. Había luz entrando sobre las partituras, vino servido desde hacía horas y flores silvestres en una botella improvisada junto al teclado. El desorden seguía siendo absoluto.

Pero todavía pertenecía a la vida. Papeles musicales cubrían la mesa, mezclados con cartas sin responder, restos de comida, cuentas dobladas y borradores de escenas para *La flauta mágica*. Mozart iba de un lado a otro con aquella velocidad nerviosa que hacía imposible distinguir si estaba agotado o lleno de energía. Probablemente ambas cosas.

—No, no... Sarastro no puede caminar así —protestó mientras corregía unos compases—. Incluso la sabiduría necesita respirar.

Tachó unas notas y volvió a escribirlas sonriendo. Luego se apartó del escritorio para tocarlas inmediatamente en el piano antes de sentarse de nuevo. La música parecía ocurrírsele más rápido de lo que el cuerpo alcanzaba a seguirla. Constanze Mozart lo observaba desde la mesa cercana. Había aprendido que interrumpir ciertos momentos era inútil.

—Llevas horas sin sentarte de verdad.

—Estoy sentado ahora mismo.

—Eso no cuenta si sigues moviendo un pie como un hombre perseguido.

Mozart levantó la vista apenas.

—Todo compositor serio está perseguido.

—¿Por quién?

Él sonrió mientras seguía escribiendo.

—Por el tiempo... y por los acreedores. A veces son lo mismo.

Ella soltó una risa breve. Y durante unos segundos el cuarto volvió a llenarse de una ligereza extraña, casi infantil, esa que Mozart parecía capaz de producir incluso en medio de la incertidumbre. Porque el dinero seguía faltando. Siempre faltaba.

Las cuentas dobladas sobre la mesa no desaparecían con la luz de primavera y Constanze lo sabía demasiado bien. Mozart también. Solo fingía olvidarlo mejor. Ella observó las hojas dispersas.

—¿Cuánto falta para que te paguen lo del teatro?

Mozart hizo un gesto ambiguo con la mano.

—En Viena siempre pagan.

Pausa.

—La pregunta correcta es cuándo.

Constanze negó lentamente.

—Wolfgang...

Él la interrumpió levantándose de golpe.

—No pongas esa cara. Mira esto.

Volvió al piano y tocó rápidamente un fragmento recién escrito. Ligero. Luminoso. Casi burlón.

—¿Lo oyes? —preguntó—. Eso sí paga deudas. Tal vez no las mías... pero sí las de alguien.

Ella lo observaba quedamente. Y allí estaba otra vez aquello que hacía imposible permanecer completamente preocupada frente a él: Mozart parecía vivir dentro de una corriente distinta al resto del mundo. Incluso cuando todo alrededor amenazaba con derrumbarse, algo en él seguía moviéndose hacia adelante con una alegría feroz y desordenada.

Entonces alguien golpeó la puerta. Una vez. Seco. Mozart levantó apenas la cabeza.

—Si es otro cobrador, dile que he muerto.

Constanze suspiró.

—No bromees con eso.

Él sonrió sin mirarla.

—Tienes razón.

El golpe volvió. Más lento esta vez. Más firme. La expresión de Mozart cambió apenas. Se levantó lentamente y caminó hacia la entrada mientras acomodaba distraídamente el chaleco arrugado. Detrás de él, la luz de primavera seguía entrando por la ventana abierta y movía apenas las hojas de las partituras dispersas sobre la mesa.

Mozart abrió la puerta. Y el aire pareció cambiar. Frente a él había un hombre vestido completamente de negro.

La lluvia ligera comenzaba a caer otra vez sobre Viena y descendía lentamente desde el borde del sombrero oscuro hasta una máscara que ocultaba parte del rostro. No parecía un visitante: parecía una ausencia detenida bajo la luz. Detrás de él, la calle seguía viva. Pero más lejos. Más apagada.

Mozart sostuvo la mirada unos segundos. Algo en aquella figura producía una incomodidad difícil de explicar. Una sensación de estar viendo a alguien que no pertenecía del todo al mismo lugar que los demás.

—¿Sí? —preguntó finalmente.

La voz del hombre fue baja y extrañamente neutra.

—Busco al compositor Wolfgang Amadeus Mozart.

Mozart hizo una leve inclinación teatral.

—Entonces ha tenido usted mucha suerte. Llevo toda la mañana siendo él.

El hombre no reaccionó. Y eso inquietó más a Mozart que la propia máscara.

—Necesito una misa de réquiem.

El ruido lejano de la ciudad pareció apagarse apenas detrás de la lluvia. Mozart apoyó una mano sobre el marco de la puerta.

—Eso suele significar que alguien ha muerto.

—Sí.

La respuesta llegó demasiado rápido. Mozart observó la máscara.

—¿Para quién?

El hombre tardó apenas un instante.

—Para alguien cuya ausencia todavía ocupa demasiado espacio para llamarse muerte.

Aquella frase quedó suspendida entre ambos mientras, detrás de Mozart, las hojas de La flauta mágica continuaban moviéndose lentamente bajo el viento tibio de la primavera. Por un instante nadie habló.

Desde la calle llegaban todavía sonidos dispersos de la ciudad: ruedas sobre piedra húmeda, voces lejanas, el ladrido aislado de un perro, una carcajada perdida en alguna taberna cercana. La vida seguía ocurriendo detrás de aquella puerta abierta. Pero más lejos. Como si algo hubiera desplazado el aire. Mozart observó al hombre con atención renovada.

—Eso es una manera extraña de pedir música.

—No pido música.

La respuesta llegó sin inflexión.

—No pido música. Pido permanencia... porque hay personas cuya ausencia continúa ocupando demasiado espacio para llamarse muerte.

Aquello hizo sonreír apenas a Mozart. Una sonrisa que no disipó aquella sensación breve y extrañamente fría que le atravesó el pecho al escuchar la palabra permanencia, como si algo detrás de ella hubiera pronunciado ya su nombre desde la penumbra.

—Entonces debería hablar con un sacerdote... o con un alquimista. Los compositores apenas logramos retrasar el olvido unos cuantos compases.

Por primera vez, el hombre pareció inclinar ligeramente la cabeza. No exactamente una reacción. Más bien el reconocimiento de algo. Entonces introdujo lentamente la mano bajo el abrigo oscuro y dejó una bolsa sobre la pequeña mesa junto a la entrada. El sonido de las monedas fue seco y contundente.

Real. Demasiado real para aquella casa. Mozart dejó de sonreír. No tocó la bolsa de inmediato. Constanze sí la miró. Y en sus ojos apareció algo peligroso: alivio.

La primavera podía entrar por las ventanas, la música llenar el apartamento y Mozart bromear con la ruina cuanto quisiera... pero el dinero seguía faltando. Siempre faltaba. Las cuentas dobladas sobre la mesa seguían allí incluso cuando nadie las nombraba.

Mozart percibió la mirada de su esposa y eso bastó para que la ligereza regresara apenas a su voz.

—Bien... —dijo lentamente—. Al menos la muerte sigue pagando mejor que el teatro imperial.

Constanze cerró los ojos un instante.

—Wolfgang...

—¿Qué? Si voy a vender mi alma, prefiero hacerlo con una buena acústica.

El hombre permaneció inmóvil bajo la lluvia. Ni una sonrisa. Ni un gesto. Y aquello comenzaba a inquietar verdaderamente a Mozart. Porque Viena estaba llena de nobles arrogantes, músicos mediocres, acreedores violentos y aristócratas incapaces de escuchar dos compases sin fingir aburrimiento... pero incluso ellos reaccionaban como seres vivos. Aquel hombre no.

Parecía escuchar las palabras como si provinieran desde muy lejos. Mozart tomó la bolsa y la sostuvo unos segundos entre las manos.

El peso de las monedas resultaba extrañamente incómodo. Como si aquella suma hubiera sido calculada no solo para pagar una obra, sino para atravesar exactamente las debilidades de aquella casa: las cuentas dobladas sobre la mesa, las cartas sin responder, el cansancio disimulado de Constanze, la necesidad silenciosa de seguir adelante unos meses más.

Detrás de él, las páginas de La flauta mágica continuaban agitándose suavemente bajo el aire tibio de la primavera. La vida seguía allí abierta. Luminosa. Y, sin embargo, algo en el ambiente había cambiado desde que aquel hombre apareció en la puerta. No en la habitación. En el aire.

Mozart levantó lentamente la mirada hacia la máscara oscura. Por primera vez desde el inicio de la conversación, el humor pareció abandonarlo apenas un instante.

—¿Y qué ocurre si no acepto?

La lluvia golpeó suavemente el borde de la ventana abierta. En la calle, un carruaje pasó lentamente sobre los adoquines húmedos. Más lejos, alguien reía. Viena continuaba respirando detrás de aquella puerta como si nada estuviera ocurriendo. El hombre respondió sin vacilar.

—Entonces empezará.

Mozart frunció apenas el ceño.

—¿La obra?

El visitante permaneció inmóvil bajo la lluvia. Y durante un instante dio la impresión de escuchar algo que no provenía de ninguno de los dos.

—Sí... —dijo finalmente—. Aunque no de la forma en que usted cree.

Aquella respuesta no aclaró nada. Y precisamente por eso produjo una sensación extraña en el cuarto. Breve. Difícil de nombrar. Como una puerta abierta en una casa conocida donde nunca antes había habido una puerta. Constanze observó a Mozart. Lo conocía demasiado bien.

Sabía reconocer el instante exacto en que algo comenzaba a inquietarlo de verdad, incluso cuando todavía intentaba cubrirlo con ironía. Mozart volvió a sonreír apenas. Pero ahora el gesto parecía más lento. Menos seguro.

—Habla usted como un sacerdote... o como alguien que ya estuvo muerto.

La lluvia descendió lentamente desde el borde del sombrero negro. El hombre no reaccionó. Y eso inquietó aún más a Mozart. Porque incluso las personas más solemnes suelen defenderse del humor. Aquel hombre no. Parecía escuchar cada frase desde una distancia imposible. Mozart apoyó entonces la bolsa sobre la mesa sin dejar de observarlo.

—¿Quién es usted realmente?

La lluvia continuó descendiendo detrás de la figura inmóvil, resbalando lentamente desde el borde del sombrero negro hasta la máscara húmeda que ocultaba parte del rostro. Durante unos segundos, el visitante permaneció callado. Parecía escuchar algo más antiguo que la propia conversación, algo que llegaba desde muy lejos y únicamente a él le pertenecía.

Luego levantó apenas la cabeza.

—Alguien que aprendió demasiado tarde que la muerte no siempre consigue terminar lo que empieza.

La frase permaneció suspendida entre ambos. No sonó como una amenaza. Sonó peor. Como una certeza ya vivida.

Detrás de Mozart, las hojas dispersas de La flauta mágica volvieron a moverse bajo el viento tibio que atravesaba el apartamento abierto a la primavera vienesa. La luz seguía entrando sobre las partituras, sobre las copas vacías, sobre las flores improvisadas junto al teclado. La vida continuaba allí.

Visible, cercana. Y, aun así, por un instante absurdo —tan breve que casi desapareció antes de formarse— Mozart tuvo la sensación de que algo acababa de entrar junto con aquella ráfaga. Algo que no había sido invitado. No era miedo.

Más bien un presentimiento imposible de sostener racionalmente: la impresión de que aquella conversación llevaba demasiado tiempo esperándolo; como si, en algún lugar al que todavía no podía acceder del todo, una parte de sí ya supiera cómo terminaría aquello. El hombre dio entonces un paso hacia atrás bajo la lluvia.

—Si acepta, enviaré instrucciones.

Mozart no respondió de inmediato. Miró la bolsa de monedas. Miró las partituras abiertas sobre la mesa. Miró a Constanze Mozart, inmóvil detrás de él, intentando decidir si aquello era una solución o el inicio de otro problema imposible de medir.

Después volvió a mirar la máscara oscura bajo la primavera húmeda de Viena. Y entendió algo difícil de explicar incluso para sí mismo: cerrar aquella puerta en ese instante sería mucho más sencillo que volver a abrirla después. Pero también sabía otra cosa.

La necesidad tiene una forma implacable de convertir ciertos presentimientos en lujos imposibles. Finalmente tomó la bolsa otra vez. El sonido metálico volvió a llenar el cuarto. Pesado, concreto y terrenal. Mozart dejó escapar una sonrisa cansada, apenas torcida por el agotamiento y la ironía.

—Bien... —murmuró—. Entonces escribiré su misa.

El hombre inclinó apenas la cabeza.

—No es necesario que empiece a escribirla todavía.

Siguió una pausa incómoda. La lluvia golpeó suavemente el borde de la ventana abierta.

—Usted solamente empezará a escucharla.

La quietud que siguió fue extraña, pero no incómoda. Más bien semejante al instante previo a una nota que no había sido tocada, pero cuya llegada ya modificaba el aire. Luego el hombre se volvió lentamente y comenzó a alejarse bajo la lluvia.

Mozart permaneció inmóvil observándolo desde la puerta abierta mientras la primavera seguía respirando detrás de él. Y aunque aún no podía comprenderlo, tuvo la sensación inquietante de que aquella figura no se estaba llevando únicamente un encargo aceptado. También parecía estar llevándose una parte de la luz que había dentro de la casa.



Viena había aprendido a pronunciar su nombre antes incluso de comprenderlo. En ciertos salones imperiales bastaba decir “Mozart” para que las conversaciones cambiaran de tono, las copas se detuvieran un instante en el aire y alguien girara apenas la cabeza esperando confirmar si era verdad que aquella noche tocaría.

La ciudad todavía conservaba el esplendor de la corte imperial: carruajes iluminados atravesando avenidas húmedas bajo faroles dorados, nobles cubiertos de terciopelo y seda entrando a teatros rebosantes de lámparas de cristal, oficiales, diplomáticos, condesas, músicos y filósofos mezclándose entre perfumes franceses, humo de velas y el murmullo brillante de una Europa que aún no sospechaba del todo las ruinas que el siglo siguiente arrastraría sobre ella.

Y en medio de aquella maquinaria de lujo, protocolo y exceso, Wolfgang Amadeus Mozart parecía moverse como una anomalía luminosa. Demasiado rápido. Demasiado vivo.

No caminaba por los salones vieneses: los atravesaba. Reía fuerte donde otros apenas sonreían, improvisaba frente al piano como si las notas existieran únicamente para alcanzarlo a él primero y hablaba con una mezcla extraña de irreverencia y genialidad que desarmaba incluso a quienes intentaban despreciarlo. Algunos aristócratas lo admiraban. Otros lo toleraban.

Ninguno lograba ignorarlo. Aquella noche, el gran salón permanecía desbordado de luz. Las paredes doradas devolvían reflejos cálidos sobre los espejos y los instrumentos mientras el vino recorría las mesas entre risas, apuestas privadas y conversaciones sobre política, masonería, ópera y dinero.

Desde las ventanas altas podían verse los carruajes detenidos frente al edificio bajo una primavera húmeda y brillante que parecía extender la celebración incluso hacia las calles. Mozart estaba sentado al piano. No completamente sentado. Suspendido. Como si parte de él ya hubiera comenzado a tocar antes que las manos.

—¿Qué quiere escuchar Su Excelencia esta noche? —preguntó sin dejar de sonreír.

Un noble levantó la copa desde el fondo del salón.

—Algo imposible.

Mozart soltó una breve carcajada.

—Entonces habrá que improvisarlo.

Y comenzó. Las primeras notas descendieron con una facilidad insultante. No parecían pensadas: aparecían. Los músicos alrededor dejaron de hablar. Incluso quienes fingían indiferencia terminaron girando lentamente hacia el piano. Aquello no se parecía a ejecutar una obra. Se parecía más a descubrirla en el mismo instante en que nacía.

Las variaciones avanzaban rápidas, luminosas, burlonas por momentos, casi crueles en otros; fragmentos que recordaban a Las bodas de Fígaro aparecían apenas insinuados entre escalas vertiginosas antes de desaparecer dentro de algo completamente nuevo. Mozart sonreía mientras tocaba, como si disfrutara perderse dentro de su propia velocidad. El salón entero respiraba con él.

Y durante unos minutos la música pareció convertir aquel espacio en algo más que lujo o entretenimiento. Había algo peligrosamente libre en aquella forma de tocar, algo que escapaba incluso del control elegante que la aristocracia esperaba de sus artistas. Constanze Mozart lo observaba desde uno de los extremos del salón. Conocía esa expresión.

La velocidad en las manos. La mirada ausente. La sensación de que el cuerpo apenas alcanzaba a seguir lo que ocurría dentro de él. Y también conocía el precio posterior. El agotamiento. Las noches interminables. La ansiedad detrás de las bromas.

Porque incluso allí, rodeado de aplausos y lámparas doradas, Mozart parecía perseguido por algo que no lograba detenerse nunca del todo. Entonces ocurrió algo mínimo. Tan mínimo que nadie más pareció notarlo.

Mientras las manos continuaban desplazándose sobre el teclado con precisión imposible, Mozart levantó apenas la mirada hacia uno de los grandes espejos del salón. Y por un instante creyó ver a su padre observándolo. No una aparición. Peor. Un recuerdo demasiado vivo.

Leopold Mozart inmóvil, severo, con aquella forma inquisitiva de mirar que siempre parecía contener una evaluación imposible de aprobar completamente. “Más precisión.” “Más disciplina.” “No desperdicies el don.” “Todavía puedes hacerlo mejor.” Las manos de Mozart vacilaron apenas un instante. Solo uno. Suficiente para alterar la respiración de la frase musical. Nadie más lo percibió.

Pero él sí. Y durante un segundo la alegría pareció tensarse desde adentro, como si incluso allí —en medio del esplendor vienés, de las risas, del vino y de la

admiración— todavía siguiera tocando para alguien que jamás terminaba de quedar satisfecho. Entonces volvió a sonreír. Más fuerte. Más brillante.

Y atacó el teclado con una energía aún mayor, casi desafiante, llevando la improvisación hacia una violencia luminosa que dejó al salón entero suspendido entre fascinación y desconcierto. Cuando terminó, nadie aplaudió inmediatamente. La emoción contenida fue demasiado grande primero. Luego llegó el estallido. Copas levantándose. Voces. Aplausos. Algunos de pie.

Una mujer llorando discretamente sin comprender del todo por qué. Mozart se levantó con una inclinación exageradamente teatral.

—Mire —susurró un noble a otro mientras observaba el salón todavía estremecido—. Ese hombre no escribe música.

—Entonces ¿qué hace?

El aristócrata permaneció observando a Mozart mientras este reía nuevamente entre la multitud iluminada.

—La deja entrar.



La ciudad no estaba en calma. Estaba contenida.

Viena en invierno. No blanca. Gris. El aire no descendía: se acumulaba entre las calles húmedas y las fachadas antiguas como una respiración demasiado larga. Las luces de los faroles no iluminaban; insistían apenas sobre la neblina suspendida mientras los carruajes modernos y los pasos apresurados se deslizaban junto a edificios donde todavía sobrevivían siglos enteros bajo la piedra.

El Musikverein permanecía inmóvil bajo la lluvia fina mientras la Wiener Philharmoniker y el Singverein der Gesellschaft der Musikfreunde terminaban de reunirse detrás del escenario entre afinaciones dispersas, murmullos breves y el peso silencioso de una obra que ninguno parecía dispuesto a nombrar demasiado antes de interpretarla. No se imponía: simplemente esperaba.

Las columnas húmedas del Musikverein sostenían la penumbra del invierno vienés mientras el público ingresaba lentamente bajo los altos pórticos neoclásicos, envuelto en abrigo oscuro, vapor de aliento y conversaciones breves que parecían apagarse por sí solas apenas cruzaban las puertas. El edificio, levantado en el siglo XIX sobre antiguos terrenos cercanos a las murallas imperiales, conservaba todavía algo de templo y algo de palacio: mármoles claros, escalinatas amplias, lámparas suspendidas como constelaciones detenidas y una solemnidad que no provenía únicamente de la arquitectura, sino de todo lo que había sobrevivido allí dentro.

Algunos turistas levantaban la vista hacia los techos relucientes y esplendorosos de la Sala Dorada —cubiertos de molduras, figuras clásicas y relieves iluminados por una luz tibia que parecía no pertenecer del todo al presente— mientras otros apagaban lentamente sus teléfonos antes de tomar asiento, como si, sin saberlo, obedecieran una liturgia mucho más antigua que la propia tecnología. Las paredes parecían haber absorbido siglos enteros de respiraciones contenidas, estrenos, funerales musicales, ovaciones, guerras y silencios; y esa noche, bajo la lluvia fina de Viena, el lugar entero daba la impresión de estar esperando nuevamente algo que ya había ocurrido antes.

Dentro, la Sala Dorada no brillaba. Respiraba. Poco después, los músicos ocuparon sus puestos en el escenario y retomaron la afinación. El sonido disperso de cuerdas, maderas y metales se mezclaba con el murmullo contenido

del público formando una tensión difícil de explicar. No era expectativa. Era preparación.

Un violinista apoyó el arco sobre la pierna y permaneció inmóvil más tiempo del necesario.

—Hoy no suena igual —murmuró.

Otro levantó apenas la mirada.

—Nunca suena igual.

—No... hoy no.

Detrás del escenario, el coro esperaba inmóvil. No como conjunto. Como una sola respiración contenida. Una de las sopranos cerró lentamente los ojos.

—No pienses en el texto —susurró alguien cerca de ella.

La mujer negó apenas.

—No estoy pensando.

—Entonces déjalo entrar.

La sala descendió suavemente hacia la penumbra. Entonces él apareció, sentado en la fila central, envuelto en un abrigo negro cuyos pliegues parecían absorber la luz dorada del Musikverein en lugar de reflejarla.

Los guantes oscuros descansaban inmóviles sobre el apoyabrazos, pero era la máscara lo que alteraba silenciosamente el equilibrio de la escena. No tenía nada de teatral ni de ornamental; precisamente por eso inquietaba más. Sobria, oscura y ajustada al rostro con una precisión casi ritual, hacía imposible saber si ocultaba algo... o si intentaba conservarlo.

La superficie mate dejaba apenas visible la línea inmóvil de la boca y unos ojos demasiado quietos para pertenecer del todo a un espectador cualquiera. No llamó la atención de nadie.

El público continuó tomando asiento, apagando teléfonos, acomodando programas de mano y susurrando comentarios breves antes del concierto. Y, aun así, alrededor de aquella figura parecía existir una leve alteración del espacio, como si la luz de la sala no terminara de alcanzarlo del mismo modo que a los demás. Había algo antiguo en su quietud, algo que no correspondía del todo al presente.

Durante un instante absurdo, entre el terciopelo rojo, las molduras doradas y el murmullo contenido del teatro, dio la impresión de que no acababa de entrar al Musikverein. Parecía haber permanecido allí desde mucho antes de que el concierto comenzara.

El hombre observó lentamente el escenario mientras la lluvia descendía detrás de los vitrales del Musikverein.

Y durante un instante —breve, pero lo suficientemente nítido para alterar la percepción del tiempo— algo en aquella figura pareció pertenecer más a la Viena de mil setecientos noventa y uno que al presente: no solo el corte oscuro del abrigo o la rigidez casi ceremonial de su postura, sino esa extraña sensación de haber atravesado intacto generaciones enteras sin abandonar jamás el mismo duelo.

El director entró sin prisa. Para entonces, el coro ya ocupaba su lugar detrás de la orquesta. No saludó ni buscó la atención del público; la sala entera pareció reconocerlo antes de que llegara al podio.

Permaneció unos segundos observando la partitura abierta bajo la luz tenue del atril y luego cerró lentamente la tapa, como quien interrumpe algo innecesario.

—No vamos a dirigir esto —dijo al fin, con una voz baja que apenas atravesó la sala.

—Vamos a no interrumpirlo.

Nadie de la orquesta o el coro respondió. La penumbra descendió un poco más sobre el Musikverein y, durante un instante, la quietud dejó de parecer ausencia para convertirse en una forma de tensión suspendida. El primer acorde no comenzó: se hizo presente.

Requiem aeternam...

No fue sonido. Fue gravedad. El aire cambió físicamente sobre la sala; las voces no parecían salir de los cuerpos, sino aparecer dentro del espacio mismo, como si aquella música hubiera estado esperando allí desde mucho antes de ser interpretada. El hombre de negro cerró lentamente los ojos. Y entonces el presente se desplazó apenas.

No completamente. Solo lo suficiente para que ambas épocas comenzaran a existir al mismo tiempo dentro de la música.

La lluvia golpeando los vitrales del Musikverein se convirtió, durante un segundo imposible, en lluvia descendiendo sobre una calle estrecha de Viena en 1791. Las lámparas eléctricas vacilaron y, en lugar de ellas, aparecieron velas. El terciopelo rojo desapareció bajo sombras antiguas. La Sala Dorada respiró distinto. Luego todo volvió.

Las lámparas recuperaron su luz eléctrica. El terciopelo rojo reapareció bajo la penumbra dorada del Musikverein y el murmullo contenido de la sala regresó lentamente a su lugar, como si nada hubiera ocurrido. Solo había durado un instante. Un desajuste mínimo. Un pliegue apenas perceptible dentro del tiempo. Pero bastó.

Bastó para que el hombre comprendiera —con una claridad imposible de explicar después— que la música no estaba evocando el pasado. Lo estaba abriendo.

El hombre abrió los ojos lentamente y otra vez estuvo allí: la primavera húmeda entrando por la ventana abierta, las hojas de La flauta mágica moviéndose sobre la mesa, la luz tibia extendida sobre el apartamento desordenado de Wolfgang Amadeus Mozart y él mismo, inmóvil bajo la lluvia, sosteniendo el encargo entre las manos enguantadas.

—No pido música... —oyó de nuevo su propia voz—. Pido permanencia.

El Kyrie comenzó a elevarse en la sala. Las voces se persiguieron unas a otras sin resolver nunca del todo la tensión, creciendo como una respiración compartida. El hombre exhaló más lento, como si la música estuviera respirando con él. Entonces llegó el Dies irae. No explotó.

Cayó. Y el golpe atravesó la sala igual que una memoria física. La mano de Mozart suspendida sobre el manuscrito apareció superpuesta sobre el escenario contemporáneo. La vela. La pluma. La respiración quebrada y el Dies irae.

Y fue allí, entre aquellas notas descendiendo como una sentencia, donde la música dejó de comportarse como una obra escrita y comenzó a sonar como algo que estaba ocurriendo por voluntad propia.

El hombre apretó lentamente los dedos sobre el apoyabrazos. No temblaba por emoción. Temblaba por coincidencia, porque el tiempo comenzaba a plegarse alrededor suyo como una tela húmeda incapaz de sostener ya la distancia entre los siglos. El Tuba mirum resonó desde el escenario. No anunció: sencillamente reveló.

Y otra vez el apartamento: Constanze Mozart observando pensativa, Franz Xaver Süssmayr inmóvil junto a la cama, y la voz agotada de Mozart diciendo:

—No se termina...

—Se continúa.

El hombre de negro bajó lentamente la cabeza y por primera vez pareció viejo. No anciano. Antiguo. Como alguien que hubiera permanecido demasiado tiempo dentro de una misma espera. Entonces llegó el *Lacrimosa*.

A – A – A – Bb – G – A

El coro entró lentamente y el Musikverein desapareció por completo durante un instante insoportable. La sala moderna y la habitación de Mozart existieron al mismo tiempo: la lluvia, la vela, la partitura abierta, la pluma suspendida, la respiración final... y él, de pie junto a la puerta, comprendiendo demasiado tarde que aquella obra jamás había sido únicamente un encargo.

La voz de Wolfgang Amadeus Mozart volvió a surgir entre ambas épocas, atravesando la sala moderna y la habitación iluminada por velas como si el tiempo ya no tuviera suficiente fuerza para separarlas.

—No fue una misa para los muertos.

La frase no sonó como recuerdo. Sonó presente. Como algo que seguía pronunciándose todavía dentro de la música. El hombre cerró lentamente los ojos. La máscara permaneció inmóvil, pero debajo de ella algo pareció ceder apenas, una fatiga antigua, demasiado larga para pertenecer a una sola vida.

—Lo sé... —murmuró casi sin voz.

Y por primera vez desde que comenzó el concierto, la certeza lo atravesó por completo. Nunca había encargado aquella obra para despedir a su esposa. La había encargado porque no soportaba la idea de perderla del todo. Pero el Réquiem no había conservado a los muertos. Había conservado el duelo.

Y ahora comprendía, demasiado tarde, que también lo había conservado a él.

El coro descendió lentamente sobre el *Lacrimosa* dies illa y la sala entera pareció hundirse con él, como si cada voz arrastrara siglos completos de duelo acumulado dentro de la piedra, de la madera y de los cuerpos inmóviles que escuchaban. La música ya no avanzaba; abría. El tiempo dejó de sentirse lineal y comenzó a respirarse de otro modo: Viena en 1791 y aquella noche en el

Musikverein coexistían dentro del mismo compás, sostenidas apenas por la vibración del coro y la persistencia imposible de unas notas que parecían negarse a terminar.

Entonces lo comprendió. No todo, apenas lo suficiente.

Supo que jamás había pretendido encargar realmente una misa funeraria. Lo que había querido conservar no era un cuerpo, ni un nombre, ni siquiera una memoria precisa. Había querido impedir el vacío. Retener una presencia amada más allá del desgaste del tiempo, obligar a la música a hacer lo que la vida no podía sostener.

Y el Réquiem —dócilmente— había obedecido. Pero no del modo esperado. Porque la obra no conservaría a los muertos. Conservaría aquello que se negaba a dejarlos partir.

El hombre permaneció inmóvil bajo la máscara mientras el Lacrimosa continuaba descendiendo sobre la sala como una lluvia antigua. Y en medio de aquella superposición de siglos, velas, lluvia, terciopelo y respiraciones suspendidas, intuyó finalmente la verdadera naturaleza de su condena. Había pedido permanencia para alguien amado.

Y terminó convirtiéndose él mismo en aquello que nunca pudo abandonar la obra. No un espectador. No un recuerdo, sino algo peor. Una presencia atrapada entre compases, sobreviviendo cada vez que el Réquiem volvía a ser interpretado, regresando una y otra vez al mismo instante donde la música dejó de pertenecer únicamente a los vivos.

El Lux aeterna hizo regresar el motivo inicial como si la música jamás hubiera avanzado realmente en línea recta. No repetición. Confirmación. El último acorde comenzó a retirarse lentamente.

Las voces del coro permanecieron suspendidas apenas unos segundos más sobre el aire inmóvil del Musikverein mientras las cuerdas sostenían las últimas resonancias del Lux aeterna con una fragilidad casi irreal. Los violines descendieron apenas sobre el acorde final; las maderas respiraron por última vez dentro de la armonía y, debajo de todo, el órgano y los contrabajos conservaron una vibración profunda que parecía extenderse más allá de los límites físicos de la sala.

D — A — D

Las últimas notas no sonaron como cierre. Sonaron como distancia. Como algo retirándose lentamente hacia un lugar donde la música ya no necesitaba ser escuchada para seguir existiendo.

El sonido permaneció suspendido entre las molduras doradas, los vitrales húmedos y las respiraciones contenidas del público. Nadie se movió. Nadie pareció recordar inmediatamente que debía volver al mundo ordinario después de aquello. Porque durante un instante insoportable dio la impresión de que el Réquiem no había sido interpretado dentro de la sala.

La sala había sido absorbida por él. Y mientras la última vibración terminaba de desaparecer entre las alturas doradas del Musikverein, el hombre de negro supo que aquella música jamás había pertenecido del todo al mundo físico. Solo descendía a él de vez en cuando. Como los muertos. Como el recuerdo.

Como ciertas culpas que nunca terminan de irse. Nadie aplaudió de inmediato. El director bajó las manos con lentitud. No liberó la música. La dejó ir.

Luego la sala entera estalló en aplausos. El público se puso de pie. Las luces aumentaron apenas y una mujer intentó salir por la fila central, deteniéndose un instante frente al asiento ocupado por el hombre de negro.

—Perdón...

No hubo respuesta. La mujer levantó la mirada. El asiento estaba vacío. No abrigo. No guantes. Nada. Solo el programa del concierto abandonado sobre el terciopelo rojo, abierto exactamente sobre una palabra:

Lacrimosa.

FIN

Coda

El Musikverein permanecía casi a oscuras. Las últimas luces de la Sala Dorada se apagaban lentamente mientras los trabajadores en silencio recogían programas abandonados, copas vacías y el eco residual de un concierto que parecía haberse quedado suspendido entre las molduras doradas, los vitrales húmedos y el terciopelo rojo todavía tibio.

La lluvia continuaba descendiendo sobre Viena. Lenta y persistente. Como si la ciudad entera siguiera escuchando. Uno de los empleados avanzó por la fila central con cansancio mecánico, acomodando asientos y reuniendo papeles húmedos bajo el brazo sin mirar realmente lo que recogía.

Entonces lo vio: era un programa abandonado, ubicado exactamente en el mismo asiento donde horas antes había permanecido inmóvil el hombre de negro. El trabajador lo tomó distraídamente. Iba a doblarlo. Pero algo lo detuvo. La página estaba abierta sobre una sola palabra:

Lacrimosa...

Y debajo —donde antes no había nada— aparecía ahora una frase escrita a mano con tinta oscura y antigua, deformada apenas por la humedad:

No se termina. Se continúa.



LACRIMOSA...

No se termina.
Se continúa.

PRÓXIMA INTERPRETACIÓN

FAIS. III. FI

[Signature]

El hombre frunció el ceño. La letra parecía demasiado vieja para pertenecer a aquella noche. Escrita con pluma y con paciencia. Con una lentitud imposible. Entonces percibió algo más. Un olor tenue a cera consumida y papel húmedo. Como madera antigua.

Una corriente de aire frío atravesando la sala desde algún lugar que no lograba identificar. Levantó lentamente la mirada. La Sala Dorada permanecía vacía. Pero durante un instante absurdo tuvo la sensación de que alguien —en alguna parte— acababa de levantarse del asiento apenas un segundo antes. No sintió miedo sino algo peor.

La impresión de haber llegado demasiado tarde a una presencia que nunca terminaba de irse del todo. El trabajador volvió a bajar la mirada hacia el programa. Y entonces ocurrió algo imposible. La tinta seguía fresca. Retrocedió apenas.

El corazón comenzó a golpearle más fuerte mientras observaba cómo una última línea parecía terminar de escribirse lentamente sobre el papel húmedo, como si una mano invisible todavía continuara moviéndose sobre la página. No era una nota. No era una firma. Era una fecha. Aún inexistente. El hombre sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Y debajo de aquella fecha incomprensible apareció una última frase:

Próxima interpretación.

La lluvia golpeó con más fuerza los vitrales. Las luces terminaron de apagarse. Y durante un instante la sala entera pareció hundirse nuevamente en la misma respiración antigua que había atravesado siglos, entierros, imperios, incendios, guerras, teatros y generaciones enteras sin extinguirse jamás. Porque el Réquiem ya no pertenecía únicamente a Mozart. Ni a Viena.

Ni siquiera a los muertos. Ahora avanzaba lentamente a través del tiempo, descendiendo una y otra vez sobre nuevos rostros, nuevas ciudades y nuevas épocas que todavía no habían ocurrido.

Y en algún lugar del futuro —mucho después de que aquella lluvia desapareciera, mucho después de que el Musikverein fuera solo memoria, mucho después incluso del último idioma humano— alguien volvería a escuchar aquellas primeras notas.

Requiem aeternam...

Y la música abriría nuevamente la puerta. No una puerta hecha para los vivos. Ni para los muertos. Esa otra que permanece cautelosa, esperando entre los siglos, las respiraciones y las memorias incapaces de desaparecer del todo. Porque algunas obras no terminan cuando concluye el último acorde.

Continúan descendiendo lentamente a través del tiempo, buscando nuevos oídos, nuevos rostros y nuevas pérdidas capaces de reconocerlas. Y en algún lugar —mucho después de Viena, mucho después del Musikverein, mucho después incluso del nombre de Mozart— alguien volverá a escuchar aquellas notas por primera vez. Y sentirá, sin comprender por qué, que algo acaba de renacer desde muy lejos.

Sobre la historia y la ficción

Este relato transforma en ficción fantástica las circunstancias del Réquiem. El encargo histórico procedía del conde Franz von Walsegg, en memoria de su esposa. Mozart murió el 5 de diciembre de 1791 y dejó la obra inconclusa; la versión tradicional fue completada por Franz Xaver Süssmayr. La figura enmascarada, los diálogos y las presencias que atraviesan los siglos pertenecen al cuento.

La escena del entierro también es una recreación. La sepultura sin una señal permanente respondía a una práctica común de la Viena de entonces; no demuestra que Mozart recibiera un entierro de indigente.

Referencia histórica: Fundación Internacional Mozarteum, biografía de Mozart y catálogo Köchel.

Biografía de Mozart

Réquiem en el catálogo Köchel



Gracias por haber cruzado este umbral

Si deseas ayudar a que nuevos relatos
sigan naciendo,
puedes apoyar este proyecto aquí.

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Gracias por leer, escuchar
y acompañar este proyecto.

REQUIEM

PRO HOMINE
QUI NESCIEBAT
SE IAM
MORTUUM ESSE

Homo qui adhuc credidit se respirare





© 2026 Guillermo Isaza Fiscó
Todos los derechos reservados
Prohibida reproducción total o parcial sin autorización